



El legado de los últimos 50 años de la teoría social

De la modernidad a la postmodernidad

Rafael Loayza Bueno¹

Resumen

Este artículo explica la evolución del pensamiento de las ciencias sociales a través de su interés investigativo en los últimos 50 años. Para ello se inicia con la descripción de la explicación en ciencias sociales, discutiendo su capacidad de producir proposiciones generales basadas en el dato. Luego se explican las soluciones a esta contingencia dadas por los teóricos en tres periodos teóricos. Primero, se explican las motivaciones y orientaciones de la acción social planteadas por Weber para describir la transformación de la teoría social en el siglo XIX. Segundo, se analiza el tránsito del interés explicativo en el individuo hacia la comunidad a través del constructivismo social del siglo XX. Tercero, finalmente, se describe el cambio de enfoque del modernismo a la postmodernidad a través de la consideración de la continuidad y cambio de la teoría.

Palabras clave:

Ciencias sociales, teoría, paradigma, modernidad y postmodernidad

¹ *Research fellow* del programa Hansard Society en la London School of Economics and Political Science (LSE); Msc. en Teoría Social de la Universidad de Bristol, Inglaterra; licenciado en Comunicación Social de la Universidad Católica Boliviana "San Pablo" y actual director del departamento de dicha carrera en la UCB-SP. Es, además, el presidente de la Asociación Boliviana de Carreras de Comunicación Social (ABOCCS).

I. La teoría de Durkheim: una mirada a la complejidad de las ciencias sociales

Cada vez que alguien subraya el grado de dificultad de un problema, repite como muchos el cliché “parece difícil, pero no es física cuántica”. Michael Hechter y Christine Horne, autores del *reader* “Teorías del Orden Social” (2003), inician su tratado sobre el desarrollo de la teoría social a lo largo de la historia, preguntándose qué dirían los físicos teóricos ante la misma contrariedad. Luego de varias entrevistas a connotados miembros del departamento de Física de la universidad de Stanford, revelaron el cliché de los físicos: “esto parece difícil, pero no es sociología” (Hechter y Horne, 2003, p.3).

Ciertamente, estos científicos notan que el fenómeno social es más complejo que el físico, pues los factores de la vida social son “superabundantes”, a diferencia de los del mundo natural. Tan abundantes que muchas veces los mismos componentes de análisis, aplicados a las mismas circunstancias sociales, políticas históricas y culturales, producen resultados distintos, incluso cuando son experimentados por los mismos sujetos sociales. Claramente un átomo es –aunque tenga un grado de observación y experimentación más sofisticado que el de una persona– un objeto más fácil de predecir en su actuación, pues las fuerzas que determinan su movimiento son enteramente extrínsecas. Así por ejemplo, la fusión nuclear se puede estudiar y augurar con mayor aforo que el enamoramiento. Simplemente, una persona tiene una fuerza intrínseca incontable, que no se puede controlar experimentalmente con la misma solvencia que los objetos del mundo natural. Por ejemplo, un tejido de células no puede resistir la mitosis por sí misma en ningún caso, pues está subordinada a un orden natural; en cambio, una comunidad de personas sí puede insubordinarse y modificar el orden social por voluntad propia. Es más, puede arrepentirse de aquello, desandar, reandar e incluso estancarse a la mitad del camino.

Un terremoto, que es uno de los fenómenos naturales que más ha eludido a la predicción científica, representa menos dificultades en su administración que el presagio de un suicidio. En ambos casos se han desarrollado enormes esfuerzos para poder determinar cuándo un temblor o un suicidio tendrán lugar, para así asistirlos y eventualmente prevenirlos. Diferencialmente, aún cuando la física tiene más control sobre sus variables, su consideración del margen de error es mucho más notable que en las ciencias sociales. Por el

contrario, la fe de los sociólogos en sus proposiciones se basa en un mayor número de supuestos respecto a las ciencias naturales, que en muchos casos se parecen más a proposiciones ideológicas que a teóricas. Consecuentemente, las ciencias sociales han adelantado más predicciones fallidas respecto al curso de la sociedad, que los físicos respecto al universo; aunque debe decirse que lo hicieron con una convicción a prueba de dudas.

Entonces, ¿cómo se puede entender el fenómeno social?

Precisamente, a finales del siglo XIX y por la influencia de las ciencias naturales, la sociología se volcó al empirismo con el francés Emile Durkheim, quien trató de atender la curiosidad científica respecto a las principales razones del suicidio. En su célebre libro “El suicidio” (1893) descubrió que algunas sociedades europeas tienen rangos de suicidio más elevados que otras. A partir de esta constatación (cabalmente producto de la observación empírica) trató de determinar cuáles son los factores responsables de este hecho y si estos rangos se relacionan a la cultura religiosa. Asimismo, estudió las diferencias económicas entre las naciones con mayores grados de suicidio, así como la calidad de su estabilidad política. Intuitivamente, se puede evidenciar que no todos estos factores tienen igual importancia para entender a ese *hecho social*.

Generalmente, la explicación de los fenómenos demanda –tanto para físicos como para sociólogos– prestar atención a algunos factores por sobre otros, diferenciando cuáles son claves para establecer, por ejemplo, las diferencias entre un suicida individualista y otro altruista. Ciertamente, la teoría es el camino para identificar esos factores pues permite simplificar la realidad. Pero precisamente porque simplifica la realidad, la explicación es necesariamente incompleta. En general, una teoría es un mapa que muestra el camino hacia la resolución de un problema; sin embargo; no se detiene en rubricar cada señal de “alto”. Así, la teoría no incluye cada componente, pues destaca aquéllos que son tendentes a ser más importantes en explicar particularmente un fenómeno. Ciertamente, la teoría puede enfocar nuestros pensamientos, reduciendo el número de factores a los que debemos prestar atención (cf. Hechter y Horne, 2003, pp. 4-5).

Para George Homans “...todas las teorías son explicaciones de fenómenos observables”, que proporcionan argumentos sobre sus relaciones y mecanismos causales, en las que el evento Y depende de un factor X, siempre y cuando

modificando X, se pueda afectar Y (cf. Homans, citado en Hetcher y Horne, 2003, p. 9). La teoría del suicidio de Durkheim establece que el grado en el que un grupo es integrado (factor X) causa los índices de suicidio (factor Y). Por integración Durkheim se refiere a las situaciones sociales en las que los grupos ejercen influencia sobre el individuo. De acuerdo a esta teoría, la carencia de integración lleva al suicidio. Por lo tanto, la variación del factor X (integración) esta correlacionada a la variación del factor Y (suicidio).

Sin embargo, simplemente al poner a los dos factores correlacionados no se explica completamente por qué existe el suicidio. Para entender esto, se debe determinar el proceso por el que una variable influencia a otra, es decir, establecer cuáles son los mecanismos que causan el fenómeno (por qué X produce Y). En nuestro ejemplo de Durkheim, la explicación sobre la propensión al suicidio se basa en la manera en que la integración afecta a los individuos. Ya que los grupos integrados proveen a las comunidades sociales una sensación mayor de propósito, los individuos son menos proclives a suicidarse. Durkheim predice entonces que la integración (factor X) afecta los índices de suicidio (factor Y) y explica además el porqué. Al referirse a cómo la integración –al nivel del grupo (factor causal)– afecta a los individuos y cómo el comportamiento de ellos deriva en suicidio (factor efecto) pretende determinar las especificidades de las poblaciones propensas a esta fatalidad (cf. Homans, citado en Hetcher y Horne, 2003, pp. 10-13).

Sin embargo, desarrollar la explicación de un fenómeno no es suficiente.

Ya que las teorías dan forma a nuestro entendimiento de la vida, tienen resonancias importantes en la investigación y en las políticas públicas. Esto significa que debemos tener un gran interés en vindicar aquellas que producen explicaciones asertivas y denostar las ambiguas por la misma razón. Lamentablemente, esta tarea es tan subjetiva como las propias explicaciones en ciencias sociales, pues la dificultad en el manejo de variables y la dificultad en la producción de generalizaciones hacen que existan diferentes explicaciones a fenómenos similares. Ahí están, por ejemplo, las diferencias entre socialistas y liberales, quienes defienden entusiastamente sus proposiciones e invalidan las opuestas, ya que su entendimiento del mundo se basa en supuestos radicalmente opuestos. Sin embargo, ambos procuran explicar el orden social. Así, en la práctica, los científicos sociales emplean una serie de criterios al

seleccionar teorías que son rivales. En general, este criterio tiene que ver con las propiedades de quién escoge qué con la propia teoría. Algunos las seleccionan sobre las bases de la familiaridad y otros por cuestiones políticas.

Consideremos aquí la teoría de Durkheim sobre la integración y el índice de suicidio. En este nivel abstracto, la integración no es enteramente observable, pero la afiliación religiosa sí lo es: (1) Los protestantes son menos integrados socialmente que los católicos (la predicción entonces apuntará a que aquellos se suicidarán más que estos). (2) El status marital también es observable. En este nivel, los solteros son socialmente menos integrados que los casados, por lo tanto menos apegados a los grupos, por lo que enfrentan menos demandas y obligaciones sociales (la predicción apuntará a que los solteros se suicidarán más que los casados). Estas dos tendencias (el estatus marital y la filiación religiosa) son las implicaciones empíricas en la teoría de Durkheim que le permiten visualizar al grado de integración como factor causal del suicidio.

Sin embargo, no se puede afirmar que el protestante soltero es más proclive a suicidarse, pues el católico-casado también lo hace. Por la evidencia presentada por Durkheim, la proposición apenas argumentará que hay más suicidas protestantes-solteros que católicos-casados y no que aquellos sean más proclives a la fatalidad naturalmente. Al respecto, la evidencia presentada por Durkheim contiene dos contingencias:

- (1) La gran mayoría de los solteros/protestantes no se suicidan, por lo que la predicción alcanza al desarrollo anómico de la comunidad estudiada, es decir, se produce por “la pérdida de efectividad del marco normativo que regula la vida colectiva de este grupo en general” (Jary y Jary, 2000, p. 20,). Entonces, es más relevante el grado de integración que el status marital o la filiación en la explicación del suicidio. Si bien ambas variables descubren el grado de integración, la falta de apego social se produce asimismo en sociedades predominantemente católicas, judías, hinduistas o budistas.
- (2) Así como a falta de integración fomenta los rangos de suicidio en las sociedades estudiadas por Durkheim, el exceso de ella produce también muerte auto-infringida. “El suicidio altruista se produce en sociedades altamente integradas y en ciertos tipos de organización social donde la cohesión es similarmente fuerte” (Jary y Jary, 2000, p. 16).

Podemos deducir, entonces, que todas las teorías tienen implicaciones empíricas, pues éstas determinan la consistencia del dato con los eventos que son observados en el mundo real. Más específicamente, para testear una teoría debemos traducir los conceptos teoréticos (las supuestas causas y resultados) en algo que podemos medir y observar. Pues simplemente correlacionando los factores causales medibles con el resultado no se eliminan las explicaciones alternativas.

Para aumentar nuestra confianza en una teoría sobre otra, debemos considerar (1) orden causal y (2) falsedad.

- (1) Orden causal se refiere a la posibilidad de que la medida de Y pueda determinar la medida de X, antes que lo opuesto. Por ejemplo, si el contemplar el suicidio lleva a la posibilidad de que la gente se convierta al catolicismo.
- (2) Falsedad se refiere a la posibilidad de que una tercera variable, que no fue medida, cause el cambio de ambos factores. Puede ser que ambos, suicidio y religión, son afectados por el factor económico y que la religión no influencia el suicidio de ninguna manera. Para asegurar que la religión influencia en los índices de suicidio o no, debemos explicar los efectos potenciales de la variable tercera.

Obviamente, ganamos más confianza en la teoría cuando los resultados que observamos no están determinados por variables (falsas) que son negadas por la teoría y cuando los resultados no afectan al sentido de la variable causal. La explicación “científica” debe entonces enfatizar la importancia de las relaciones causales y mecanismos y de las implicaciones empíricas. El gran problema es identificarlos con claridad y de manera asertiva.

II. La explicación en ciencias sociales

La mayoría de las personas interesadas en comparar las ciencias sociales con las ciencias naturales –especialmente aquellas concernidas en asegurarse que son ciencias en realidad– enfatizan la gran dificultad que enfrentan en establecer contra el dato, la verdad empírica de sus proposiciones. En los estudios sociales es ciertamente más difícil manipular las variables experimentalmente o controlarlas de tal manera que la relación entre los factores causales sea,

contra toda duda razonable, clara y visible. Es más difícil controlar las variables simplemente porque es más fácil controlar un átomo que a una persona (en muchos casos es incluso inmoral tratar de controlar a las personas, pues los seres humanos no pueden ser sometidos a las indignidades a las que reducimos a los animales y a las cosas). Por ende, no existe preeminencia de unos métodos para controlar las variables sobre otros. Es importante remarcar que inteligencia de alto calibre ha sido utilizada en buscar métodos que puedan lidiar con este dilema. Más aún, algunas de las ciencias biológicas (la medicina concretamente) padece el no poder controlar las variables tanto como las ciencias sociales.

Ciertamente, las ciencias producen proposiciones explicativas de cómo y por qué, bajo determinadas circunstancias, los fenómenos ocurren. Esas proposiciones son aquellos argumentos de relación y mecanismo causales que llamamos “teoría”. Por lo tanto, las ciencias producen teoría sobre los fenómenos en general. Eso significa que un argumento no explicativo no califica como teoría. Así, la explicación es un descubrimiento ya sea formulado como una generalización o como una proposición sobre un evento simple. Entonces, la definición de tal evento exhibe semejante descubrimiento como una conclusión lógica, como una deducción.

Queda claro que la característica de todas las explicaciones es que simplifican invariablemente la realidad, pues cada paso del argumento es una proposición que establece una relación entre las propiedades del entorno con las variables que intervienen en el fenómeno. Esta es la razón por la que las proposiciones son tan importantes, pues producen generalizaciones y particularizaciones que son aplicables a todas las variables de la misma especie. La proposición a ser explicada se plantea como consecuencia de la forma lógica de las proposiciones bajo condiciones dadas; es decir, se deduce de las otras proposiciones. Simplemente, el buen teórico es el que puede deducir la más vasta variedad de descubrimientos empíricos del menor número de proposiciones generales. Ahora bien, ¿qué tan real es producir generalizaciones respecto a la sociedad cuando el comportamiento social es tan volátil? y ¿qué tan posible es obtener datos que puedan producir patrones y regularidades con claridad?

Pues bien, el contenido de las explicaciones y proposiciones es naturalmente diferente en las ciencias sociales. Por ejemplo, aún cuando muchos académicos reconocen que la economía es la más avanzada de las ciencias sociales (pues

pretende tener la mayor base empírica entre todas), ya que posee teorías reales en micro y macro economía, surge la pregunta de cuán generales éstas son. Si bien las leyes de la oferta y la demanda aspiran a ser ciertamente generales, la demanda de perfume parece no obedecer a dicho mandato; pues mientras más alto el precio del perfume, mayor la demanda. Podemos plantear muchísimos otros ejemplos que ilustran el punto, tal como las joyas, los autos de lujo, la lencería, etc. Inevitablemente, dada la falta de regularidad en la conducta social, surge la pregunta: “¿Cuáles son las proposiciones generales por las que, bajo diferentes condiciones (excepciones y acuerdos por las que) las leyes de la economía pueden ser deducidas?” (Homans, citado en Hetcher y Horne, 2003, p. 13).

Por otro lado, la historia es lo opuesto a la economía, pues tiene un enorme rango de información empírica que es de un bajo orden de generalidad. Ya que no producen proposiciones generales, los historiadores dicen no tener teorías, aunque sí muchas explicaciones. Por el contrario, la sociología parece tener muchas teorías y ninguna explicación, pues sus proposiciones sí son generales –tan generales que sirven a las otras ciencias sociales–, pero cuando se examinan detalladamente “fallan en la explicación” (Homans, citado en Hetcher y Horne, 2003, p.13).

En general, las teorías consisten en una matriz de afirmaciones y refutaciones que, cuando tratan de establecer las relaciones entre las propiedades definidas de los factores a ser explicados, se vuelven frases y no proposiciones. Obviamente, la sociología posee muchas proposiciones verificadas (muchas de ellas son de un bajo rango de generalidad) tal como la tesis de Durkheim sobre la relación entre el grado de integración y el suicidio, que mantiene correspondencia con el dato. Hay otras afirmaciones generales en sociología (e incluso antropología) tales como que “todas las sociedades están estratificadas” o que “tienen tabúes respecto al incesto”. En este punto se debe decir que, aunque la generalización tiene que tener un poder exploratorio, las generalidades en el ámbito de la cultura no lo tienen.

Hemos argüido que las relaciones y los mecanismos causales son componentes indispensables de la teoría, pues explican la dependencia entre los mecanismos del nivel macro (causa) con el resultado. Es decir, las teorías deben incluir afirmaciones que planteen cómo el fenómeno del nivel macro afecta el nivel

micro (a las unidades individuales). Aquí está el problema neurálgico en ciencias sociales, pues es ciertamente difícil explicar por qué las unidades individuales actúan en formas particulares; es decir, cómo los actores individuales se combinan para producir nuevos resultados de orden macro (cf. Hetcher y Horne, 2003, p. 15).

En otras palabras, la explicación del fenómeno social requiere entender las razones por las que los individuos actúan. Sin embargo, los motivos para la acción individual son en general poco claros: aunque las personas puedan saber por qué actúan, los observadores externos no. A veces, hermanos o mejores amigos se conocen lo suficiente como para poder predecir su conducta; los “científicos” sociales no pueden tener este conocimiento. Simplemente, es muy difícil entrar en la mente de las personas para discernir sus motivos y sus metas (la psicología incluida), pues las personas que son complicadas pueden estar manejadas por muchas, incluso inconsistentes, motivaciones. Como resultado, no podemos incluir todo sobre los individuos en una simple teoría. Entonces, ¿cómo podríamos incluir a los actores individuales en nuestras explicaciones de los fenómenos sociales?

Max Weber presenta la solución: “Hay que hacer presunciones simplificadas”. Es decir, si queremos hacer predicciones sobre los resultados de la acción social, entonces, tenemos que hacer presunciones sobre cómo los actores son afectados por las condiciones sociales y las motivaciones predominantes. Por supuesto que estas presunciones son subjetivas, pues hacen un escaso trabajo describiendo la complejidad de lo que está en la cabeza de las personas. Sin embargo, aunque sean subjetivas, pueden dar luces para predecir el comportamiento de un rango amplio de personas, ya que la conducta común es inherente al grupo y separada de la conducta individual. Así estas presunciones no producirán explicaciones sobre la conducta individual particular, pero pueden producir predicciones coherentes sobre el nivel macro.

Para Weber la acción social—como en general todo tipo de acción—está orientada de cuatro maneras (cf. Weber, citado en Hetcher y Horne, 2003, pp. 22-23):

1. *Racional instrumental*.- Determinada tanto por las expectativas como por la conducta de sujetos en el ambiente social y de otros seres humanos. Estas expectativas son utilizadas como condiciones o medios,

que atienden la prosecución de las consecuencias calculadas a través de la racionalidad del actor.

2. *Valorativa racional*.- Determinada por la creencia consciente en el valor del bien propio, de un comportamiento ético, ascético, religioso o de otra índole independientemente del éxito de la acción.
3. *Afectiva*.- Determinada por los estados afectivos y emocionales del actor.
4. *Tradicional*.- Determinada por la habituación arraigada.

Ahora bien, estas motivaciones predominantes simplemente muestran que un individuo actúa indistintamente a veces pensando (racionalizando), otras creyendo (utilizando el valor racional), sintiendo (dejándose llevar por las emociones) o actuando por reflejo (practicando la tradición). No se puede predecir cuando un individuo actuará por cualquiera de estas motivaciones, porque sujetos distintos, sometidos a los mismos contextos macro, pueden actuar indistintamente motivados por la razón, el credo, la emoción o la tradición; mucho menos podríamos calcular el comportamiento de la comunidad.

En este punto quiero hacer más las palabras de George Homans referidas a estos asuntos, cuando afirma que “en realidad estamos juzgando el éxito de las ciencias sociales al explicar la realidad, no su existencia” (Homans, citado en Hetcher y Horne, 2003, p. 12). Sin embargo, a lo largo de estos últimos cincuenta años, las ciencias sociales han aceptado su incapacidad de generar explicaciones generales de la realidad basadas en la observación empírica; pero han aprendido a explicar las particularidades de la sociedad aceptando las contingencias de un objeto de estudio cambiante en su acción, volátil en su definición y evasivo en su predicción. Es decir que, partiendo de las generalidades del comportamiento social, han terminado implicadas en la explicación de la acción individual.

III. La transformación en la teoría social en el siglo XIX

Cuando Talcott Parsons (1902-1979) escribió su magnífico trabajo “La estructura de la acción social” (1930), la Primera Guerra Mundial era el gran evento que separaba a las teorías sociales clásicas de las contemporáneas. Pero, cuando inmediatamente se produjo la Gran Depresión (que era contemporánea a Parsons), economistas como John Maynard Keynes (1883-1946) y sociólogos

como Thomas Marshall (1893-1981) cambiaron el punto de inflexión del pensamiento social, al repensar las relaciones entre el Estado y la economía. Por un lado, Keynes sostenía que el Estado podía usar su brazo financiero como el mayor comprador de bienes y servicios para estimular la economía y reducir la tendencia que Marx previno en los casos en los que el capitalismo sufre recurrentes crisis de sobreproducción. Sus tesis influenciaron el *New Deal* en los Estados Unidos y al Estado de Bienestar en Europa; que dieron forma a la vida social y cambiaron los asuntos con los que la teoría social trataba. Asimismo, la teoría de Marshall re-conceptualizó la ciudadanía a algo más que derechos políticos, sino también a sociales y económicos (Calhoun, 2002, p.3). Junto a la Gran Depresión, el surgimiento del fascismo, la Segunda Guerra Mundial y la polarización entre Occidente y el Oriente producto de la Guerra Fría, vinieron asimismo cambios que terminaron de ensamblar la teoría social de Parsons entre 1930 y 1960 (así como la de muchos otros teóricos de la sociedad) sobre la base de la pregunta: ¿qué hace que algunas sociedades desarrollen modelos democráticos, mientras que otras sean proclives a las dictaduras? La Guerra Fría influenció la manera en la que los norteamericanos miraron a las sociedades en el mundo. Éste no era un debate teórico solamente, sino también de apoyo financiero, pues mucho del financiamiento para la investigación venía de *grants* auspiciados por el gobierno de los EE.UU. Este impulso se basó en la idea de que para competir con la Unión Soviética, los investigadores americanos debían conocer fluidamente las “otras sociedades”.

Immanuel Wallerstein (1930) emergió como uno de los más importantes revitalizadores del marxismo a través de su distintiva teoría de “sistema-mundo”. La tesis de este autor planteaba que, en un mundo dominado por el comercio capitalista, los países pobres no podrían acumular riqueza siguiendo el ejemplo de los que se desarrollaron tempranamente. Europa y los Estados Unidos simplemente ya dominan el comercio capitalista. Quedaba claro que la teoría estaba empezando a prestar atención al internacionalismo y la globalización, dejando de lado el aislacionismo previo a los 50's. Nuevas voces emergieron provenientes de los países llamados del “tercer mundo” y empezaron a ser importantes representantes de los movimientos sociales (especialmente los feministas). Esto hizo que la teoría social empiece a preocuparse por el “cambio social” (y las resistencia a él), la inequidad y los procesos de marginalización y explotación en el contexto de las relaciones de poder y los movimientos sociales (cf. Calhoun, 2002, p. 4). Ciertamente, la sociedad empezó a mirarse

(primigeniamente con Parsons y posteriormente con Wallerstein) menos como un todo y más como una suma de partes.

IV. El individuo y la sociedad, la sociología de la primera mitad del siglo XX

Entre todos los temas de las ciencias sociales, la relación entre el individuo y la sociedad es crucial. Este asunto no era novedoso en la segunda mitad del siglo XX, pero fue el planteamiento particular y distintivo de Erving Goffman (1922-1982) que cambiaría los modelos de explicación de “lo social”. De la misma edad que Parsons, este norteamericano planteó explicar a la sociedad en relación a las maneras y los rituales que intervienen en los fenómenos de la vida cotidiana, tales como las citas o el cortejo. De esta manera, Goffman renovó la manera de mostrar la relación entre la sociedad y el individuo. Para este sociólogo, una “cita” es como un teatro en el que cada persona interpreta un papel que desempeña bien o mal (convincientemente o no). Hasta cierto punto, las personas son conscientes de que están desempeñando un rol y que no solamente están expresando sus intereses abiertamente. Al mismo tiempo “el cortejo”, como toda interacción, demanda la improvisación. Los participantes buscan manejar las impresiones que dejan en el otro sobre ellos; pero para que esto sea posible, deben aceptar los roles sociales por lo menos medianamente.

En este contexto de cambio, a partir de los cincuentas las visiones renovadas como la de Goffman (que influenciaron el pensamiento social en los 60's y 70's) expendieron la idea de que la gente tiene más oportunidades en sus vidas en relación a los roles sociales que aceptan. Por ejemplo, el porcentaje de la población que va a la universidad se había triplicado reflejando no solamente el aumento del ingreso, sino el crecimiento del cambio de la sociedad industrial a la sociedad de la información. Empezó a cundir la percepción de que la sociedad también se organizaba alrededor de la producción de conocimiento y no solo cerca de la producción de bienes. Por ejemplo, Herbert Marcuse (1898-1979) —uno de los representantes de los aires nuevos— dijo que el capitalismo por mucho tiempo pareció reprimir los impulsos individuales. Hasta entonces, la importancia del ahorro y la inversión como resultado de la resistencia a presiones de adquirir lujos, planteada por Max Weber en la “Ética protestante y el espíritu del capitalismo” (1905), parecía funcionar para explicar la acumulación de capital. Sin embargo, Marcuse planteó que la disciplina de los trabajadores

se volvió menos importante que la motivación de los consumidores. Hizo referencia así a su proposición respecto al “erotismo racional” donde, por ejemplo, una modelo atractiva sirve también para vender un automóvil (en el caso de los autos de lujo). Mostró así que la tolerancia a nuevos niveles de estética y de expresión erótica no solamente aumentaron el consumo, sino que también alteraron el orden social. En la era del estado keynesiano de bienestar, el sistema de bienestar y poder establecido era capaz de manejar la resistencia a la rebelión de las personas ordinarias (cf. Calhoun, 2002, p. 5)

Hay muchas formas en las que la sociología ha explorado la relación entre el individuo y la sociedad, particularmente a partir de la idea de que existe una tensión entre ambos. Ya que no existe tal cosa como la individualidad pura, los teóricos han planteado que el individuo se encuentra limitado y reprimido por la sociedad. Las aspiraciones individuales vienen de ellos mismos, pero son socialmente producidas. La necesidad de tener un televisor más grande, un auto más veloz o ropa *fashion*, no es producto de aspiraciones puramente individuales, sino de anhelos socialmente contruidos. Al respecto, Geroge Herbert Mead (1863-1931) produjo una explicación de las maneras en que las que las personas producen identidades para sí mismos y para los demás. En su teoría del etiquetado, que fue el fondo del “interaccionalismo simbólico”, se inició en la obviedad de que muchos niños que cuando son pequeños roban no se transforman en ladrones profesionales cuando crecen. Así, en la definición de la identidad, son menos importantes los talentos y habilidades de las personas para cometer un robo, que la “normalización” social que lo reprocha moralmente (cf. Calhoun, 2002, p. 6).

V. Construcción social y cultural del conocimiento: el enfoque de la segunda mitad del XX

Muchas de las exploraciones de la relación entre el individuo y la sociedad se enfocaron en las capacidades que los individuos tienen para construir el mundo social de diferentes maneras. Particularmente, Alfred Shütz (1899-1959) enfatizó el proceso por el que la gente se entiende recíprocamente cuando interactúa, presumiendo que el entendimiento entre los sujetos sociales se produce cuando cada uno interpreta las intenciones del otro, pero “desde su subjetividad”. Tildó a este proceso de “intersubjetivo”, pues el entendimiento de cada individuo, respecto a las mismas circunstancias, es producto de

experiencias y perspectivas personales y distintivas. El entendimiento se refiere particularmente a las maneras en las que los individuos conocen el mundo. Por lo que la producción del conocimiento respecto a la realidad tiene que ver más con un proceso interpretativo, antes que simplemente descriptivo. A partir de estos paradigmas, Peter Berger (1929) y Thomas Luckmann (1927) exploraron las maneras en las que la construcción social del conocimiento no es explicable exclusivamente como un descubrimiento externo, sino como una reflexión social de las relaciones sociales y las preocupaciones cotidianas (cf. Calhoun, 2002, p. 6).

La verdad, entonces, dejó de ser un descubrimiento revelado partir de las evidencias empíricas y el dato y se transformó en un hecho convencionalmente adquirido. Así, el asunto de la construcción social del conocimiento empezó a ser tema de influencia durante los años 70's y 90's. Por ejemplo, Michel Foucault (1926-1984) trató de cubrir durante su trabajo las diferentes aproximaciones al estudio del conocimiento durante la historia, resaltando sus diferencias. En sus análisis observó que si bien en la modernidad el conocimiento estaba entendido como producto de una observación empírica y reflexión filosófica, iniciaba en el individuo y sus subjetividades (es decir, en sus percepciones personales). Por lo tanto, el individualismo es una forma de ver y vivir el mundo y, como tal cosa, el efecto a ser explicado y no el punto de inicio del análisis de la realidad (cf. Calhoun, 2002, p.7). Ludwig Wittgenstein (1889-1951) y Pierre Bourdieu (1930-2002) desarrollaron similares razonamientos en sus trabajos posteriores.

VI. La modernidad, modernidad avanzada y postmodernidad del siglo XXI

Pensar en la verdad como una convención social, y no exclusivamente como producto de la revelación de la investigación científica, trajo la percepción de que no solamente la perspectiva respecto a la realidad estaba en cuestión, sino también los parámetros de análisis. Modernidad es el término frecuentemente usado para caracterizar la etapa en la historia de las relaciones sociales caracterizada por las revoluciones democrática e industrial. La sociología se desarrolló como disciplina en respuesta los desafíos que ambos fenómenos presentaban a la modernidad. Marx, Weber y Durkheim fueron los fundamentos de este periodo. Sin embargo, el dramático viraje que la sociedad ha dado hacia las circunstancias de la información y la globalización –los nuevos marcos

referenciales de la interacción social— han puesto en aprietos los paradigmas clásicos en su aforo de explicar la realidad y han generado un debate que inicia en el no menos importante asunto de la denominación del periodo. ¿Vivimos una nueva era, otra que la modernidad, o la modernidad está simplemente acentuada?

Aunque los énfasis difieren, existe un consenso respecto a que las características de la modernidad se han radicalizado. Anthony Giddens (1938), Frederic Jameson (1934), David Harvey (1935) y Jürgen Habermas (1929) están entre quienes piensan que la modernidad se ha acentuado y se encuentra en un estado “avanzado”. Por otro lado, François Lyotard (1924-1998) y Jean Baudrillard (1929-2007) se encuentran entre los convencidos de que la sociedad ha entrado en un nuevo periodo. Mientras éstos “tienden a enfatizar la novedad y la intensidad de las irrupciones y dislocaciones del significado de las cosas (del contenido de conocimiento) y la fragmentación de la cultura”, los primeros “se enfocan en la elevación y extensión del rango de las características pre-existentes que se dice están condicionando el cambio cultural” (Stones, 2005, p. 8).

Consecuentemente, los teóricos, que están lidiando ya sea con la modernidad avanzada o con la postmodernidad, reconocen la continuidad y centralidad de las dinámicas del capitalismo (tal como Marx y Weber lo hicieron); sin embargo, ven al capitalismo acompañado e interactuando con otros rasgos de la modernidad como el colonialismo, el control administrativo y la centralización de los medios de violencia. Al respecto, tanto Giddens como Ulrich Beck (1944) plantean que la experiencia de la modernidad avanzada está generando interpretaciones en los individuos que producen una reflexión colectiva, que está condicionando a las personas a vivir en incertidumbre (el miedo al calentamiento global, a la guerra nuclear, la corrupción, etc.). Así, las últimas consecuencias del industrialismo (de la modernidad) se refieren a la percepción enteramente subjetiva del individuo que condiciona la conducta social en general. Sobre la base de esta “modernidad reflexiva”, Giddens agrega que, en este periodo de “complejidad extendida”, estas “diversas perspectivas y un acceso al conocimiento sin precedentes, afectan la cotidianidad” (Giddens, citado en Stones, 2005, p. 8).

Para retratar la volatilidad de las relaciones sociales, del Estado y del capitalismo, Zygmunt Bauman (1925) utiliza las metáforas de la naturaleza “light” y “líquida” del poder en una era de comunicaciones instantáneas y las tendencias a fluir

de las finanzas, de la información y del poder militar. Así mira que el mundo está constituido por todo tipo de territorios, aceptando lazos y redes sociales simplemente como “un obstáculo a ser zanjado si se interpone en el camino” (Bauman, citado en Stones, 2005, p. 10).

VII. Continuidad y cambio en la teoría social en los últimos 50 años

Tanto las percepciones respecto a la sociedad como la sociedad en sí misma han cambiado a lo largo de estos cincuenta años. Al respecto, el sociólogo inglés Rob Stones plantea que la teoría ha evolucionado sobre la base de algunos supuestos que siguen siendo los mismos que cuando Marx y Weber observaban el fenómeno social, y que otros han tenido que modificarse por los cambios inmanentes a la sociedad. Encuentra así cinco aspectos de continuidad y cambio de la naturaleza de la sociedad y de la teoría social (cf. Stones, 2005, pp. 4-5).

En la naturaleza de la sociedad:

- (1) “Las continuidades profundas en las relaciones sociales que marcan tanto a la modernidad del finales del siglo XIX y de la primera parte del XX, como a la modernidad avanzada o líquida de las siguientes décadas y de principios del siglo XXI. Las sociedades modernas siguen siendo marcadas por las formas y los grados del capitalismo, industrialismo, urbanización, división del trabajo, burocracia y formas de vigilancia, inequidades pobreza y bienestar, para nombrar algunas”.
- (2) “Los aspectos específicos de las relaciones sociales que son realmente nuevos. Esto incluye una variedad de formas de tecnologías de información y comunicación cada vez más rápidas; formas de transporte de bienes y personas; la rapidez e intensidad de las innovaciones científicas, económicas y culturales; la estratificación mediática de la esfera pública; la rapidez de los ciclos de producción y consumo; las maneras en las que la identidad marcan la clase, el género, la etnicidad” y, como Bauman diría, “el desajuste contingente y líquido de la sociedad” (Bauman, citado en Stones, 2005, p. 4).

- (3) “Las combinaciones inequitativas entre lo viejo y lo nuevo, de los elementos de la modernidad avanzada/líquida/postmoderna con las relaciones sociales contemporáneas”.

En la teoría social:

- (4) “La historia y los contornos del desarrollo conceptual y refinamiento en diferentes áreas del pensamiento social, a través de la réplica a través del tiempo, con la comunidad científica adaptando sus códigos y estándares al análisis crítico al debate y la evidencia en respuesta a ambas, el poder del argumento y las condiciones cambiantes de las condiciones sociales”.
- (5) “Las aproximaciones teoréticas distintas –tomando en cuenta el desarrollo y refinamiento del punto 4– tienen el potencial de combinarse fructíferamente”.

En conclusión, permítanme decir que la gran diferencia entre la teoría de hoy y la de hace cincuenta años es que el pensamiento contemporáneo es capaz de estudiarse no solamente por la calidad científica de sus proposiciones (de sus argumentos de orden causal basados en evidencias e implicaciones empíricas), sino también por la legitimidad de su enunciación (o “metarrelato”). Para Lyotard, las proposiciones teoréticas son “metarrelatos” asumidos como discursos totalizantes y “multiabarcadores”, en los que se asume la comprensión de hechos de carácter científico, histórico y social de forma absoluta, pretendiendo dar respuesta y solución a toda contingencia. Así, se desautoriza a la verdad empírica en ciencias sociales y se consiente que es trabajosamente adquirible y, como tal, innecesaria en la medida que es más importante lo que las personas creen de la realidad (porque por ello actúan) que la realidad en sí misma.

VIII. Referencias bibliográficas

Calhoun, C.; Greteis, J.; Moody, J.; Pfaff, S. y Virk, I. (2002). *Contemporary Sociological Theory*. Oxford: Blackwell Publishing.

Hetcher, M. y Horne, C. (2003). *Theories of Social Order*. Stanford-California: Stanford Social Sciences.

Homans, G. (2003) “Explanation in Social Sciences”. En Hetcher, M. y Horne, C.: *Theories of Social Order*. Stanford California: Stanford Social Sciences.

Jary, D. y Jary, J. (2000). *Collins Dictionary of Sociology*. Third Edition. Glasgow: Harprer Collins Publishers.

Stones, R. (2005). *Key Sociological Thinkers*. Second Edition. Nueva York: Palgrave Macmillan.

Weber, M. (1922). "Types of Social Action". En Hetcher, M. y Horne, C.: *Theories of Social Order* (2003). Stanford-California: Stanford Social Sciences.